

Óscar Colchado Lucio

El misterio de la isla Blanca

o el tesoro del pirata Davis



Ilustraciones de
Christian Vargas

PANAMERICANA
EDITORIAL

El misterio de la isla Blanca

o el tesoro del pirata Davis

Óscar Colchado Lucio



Ilustraciones
Christian Vargas

PANAMERICANA
EDITORIAL

El misterio de la isla Blanca

Cuidado de la edición: Daniela Alcalde

Diseño y diagramación: Azzy Torres-Pita

© Texto: Óscar Colchado Lucio

© Portada e ilustraciones: Christian Vargas

© Editorial Panamericana Perú SAC, 2017

Calle Mercaderes 114, urbanización Las Gardenias, Santiago de Surco.
Lima, Perú.

www.panamericanaeditorial.com

Impreso en Perú

Impreso por Punto & Gráfica S. A. C.

Av. Del Río 113, Pueblo Libre. Lima - Perú

Impreso en octubre 2017

Primera edición: agosto de 2014

Primera reimpresión: febrero 2015

Segunda edición: octubre de 2017

Publicado en octubre de 2017

Tiraje: 1500 ejemplares

ISBN: 978-612-4347-10-8

Registro de Proyecto Editorial: N° 31501401701015

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú: N° 2017-12400

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra sin el permiso previo y por escrito de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.

*A los chalaneros del Grupo Literario Isla Blanca,
que hicimos de este lugar nuestro símbolo*





Esta mañana la madre directora irrumpió sorpresivamente en nuestro salón y, al ver que había alumnos que como locos correteábamos jugando entre las carpetas, pidió a gritos que nos sentáramos.

La mañana era tibia. Los débiles rayos del sol ingresaban tímidamente por las lunas pavonadas del recinto.

Una vez que se produjo la calma, la madre se posicionó enfrente de nosotros, con las manos entrelazadas que apenas asomaban por las mangas de su hábito, y, con voz ya más serena, dijo a todos:

—Aunque traviosos, yo sé que ustedes son niños y niñas muy buenos y comprensivos...

¡Vaya!, dije entre mí, ¿de cuándo acá tanta delicadeza?

—Quiero que entiendan, hijos —continuó—, que en la vida se presentan situaciones agradables y otras incómodas, días con penas y días con alegrías, como dice la Biblia. Ante los primeros hay que resignarse y hacerles frente, y ante los otros, celebrarlos. Hoy quiero referirme de manera concreta a la señorita Honorina, la profesora de ustedes, una persona muy buena, muy correcta, muy tratable, pero que por razones de fuerza mayor va a tener que dejarnos...

Un murmullo se levantó en el aula. La madre pidió calma, luego añadió:

—Resulta que le han dado una plaza de docente en el Colegio Nacional San Pedro, y como a ella le conviene trabajar en el nivel secundario y en su especialidad, que es Educación por el Arte, ha presentado su renuncia a nuestro querido Colegio Parroquial Niño Dios. De modo que ya no va a acompañarnos.

Se escuchó el lamento de algunos, sobre todo de las mujeres. Para mí era igual que enseñe cualquiera. Además, la profesora Honorina me tenía enfadado desde que el

otro día me llamó «cara de mosca muerta», solo porque me halló haciendo bulla en el salón.

—Sin embargo —continuó la madre directora—, no todo puede ser tristeza en la vida, como ya les dije, así que ahora les traigo una buena noticia.

Todos nos pusimos expectantes. ¿Qué buena noticia podría traernos la madre directora, ella que todo lo veía suspensiones y castigos?

—La buena noticia, chicos y chicas, es que en reemplazo de la señorita Honorina viene un profesor joven, bueno, noble y muy correcto.

Se levantaron pifias y hurras al mismo tiempo. Yo estaba entre los que daban hurras. No me gustaba que me enseñaran mujeres.

—¡Por favor! ¡Pssst! ¡Escuchen! —la madre estaba en apuros—. ¡Escuchen, niños, por favor! A ver, tú. Sí, tú, Otárola, ¿qué cuchicheas?

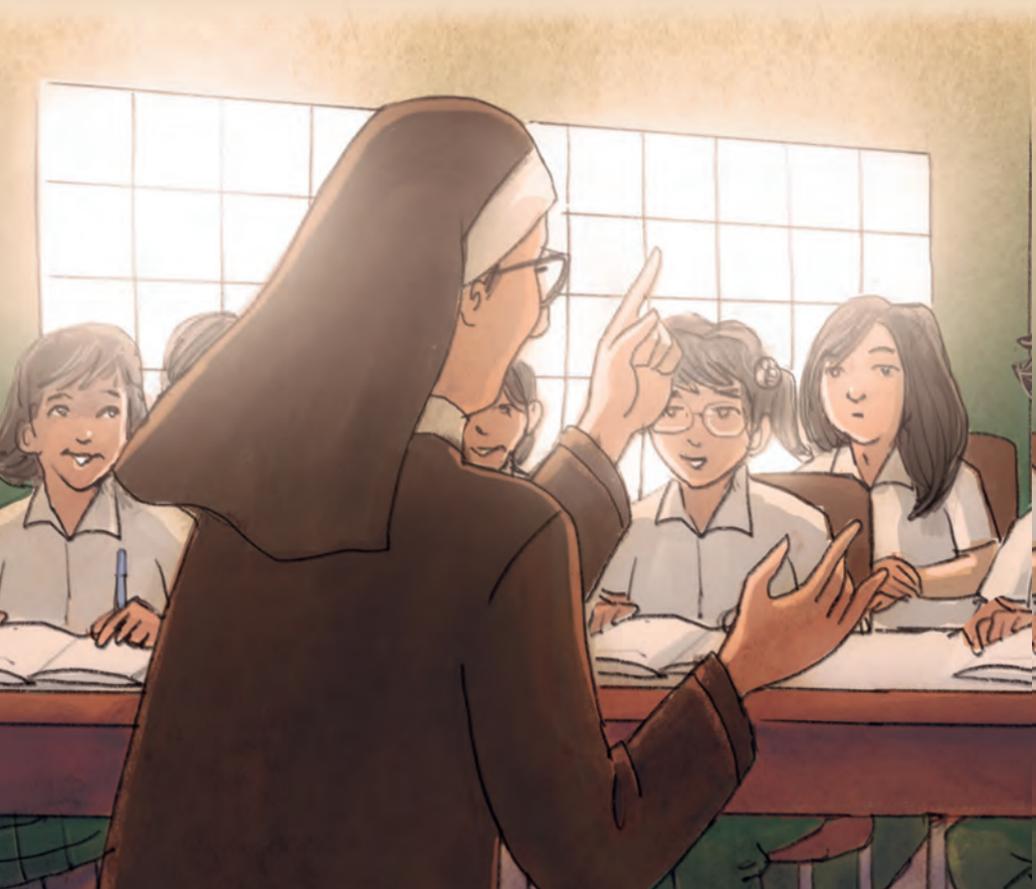
Mónica Otárola, la nombrada, se desconcertó un poco; no sabía qué decir, pronunció algo entre dientes, luego se quedó muda. El silencio que se produjo unos instantes se rompió cuando de nuevo se levantaron mur-

mullos. Una voz se alzó desde una carpeta junto a la ventana.

—Yo quiero que vuelva la señorita Honorina, madre —dijo Norma Acero.

—Yo también —respaldó Ubaldo, un patita pecoso, pelirrubio, a quien le decíamos Uvita, más por sus ojos verde claro que por su nombre.

—Y yo... —levantaron la mano varios niños y niñas.

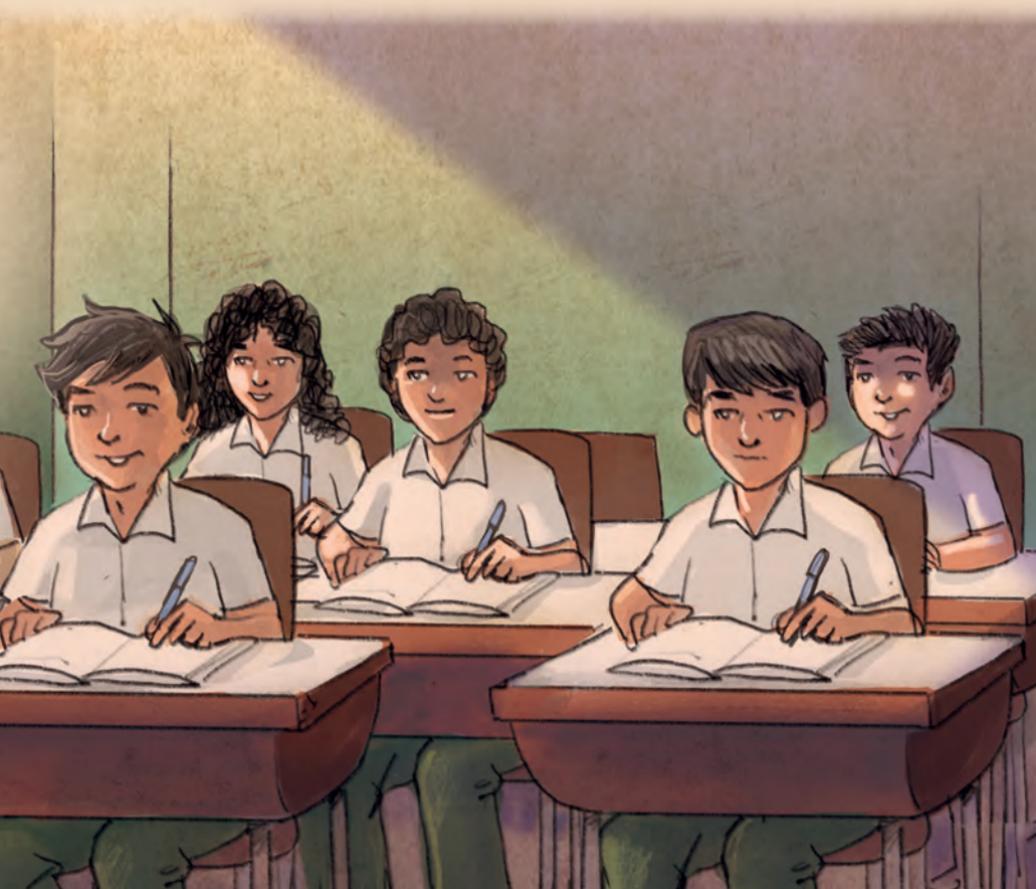


—Entiendan —dijo la madre—. Eso ya no se va a poder. Ya les dije que la misma señorita Honorina ha pedido su cambio.

Hubo murmullos de lamento. Finalmente, Anita Bullón, la que siempre andaba cambiándose de sitio, dijo:

—¡Madre!, hagámosle un recibimiento al nuevo profesor.

—Hay que aplaudir cuando entre, madre —añadió Hugo, un crespito hijo de un poeta.



La madre permaneció callada, observándonos. Ninguno de los que reclamaban a la profesora Honorina habló. Solo hacían gestos de desagrado. Después la madre dijo:

—Bueno, ya hemos recibido algunas opiniones. A ver una más, pero rapidísimo, porque el profesor, pobrecito, está sentado esperando en la dirección.

—Señorita... —dijo Mónica Caycho, nuestra brigadier—, ¡Perdón!, madre, vayamos una comisión a traerlo.

—Yo voy, madre —dijo uno.

—Yo también —dijo otro.

—Y yo —clamó un tercero.

Luego muchos más, entre hombres y mujeres. También yo me había ofrecido, pero fue la madre directora la que escogió a quiénes debían ir: cinco alumnos que salieron rumbo a la dirección.

Fue el jefe de estudios quien acompañó al profesor a nuestro salón junto con la comitiva de recepción.

—Niños y niñas —dijo el jefe de estudios, teniendo a su lado al nuevo profesor, que era joven, mediano de estatura, un poco gordito, con terno y lentes—, les presento al profesor Antonio Suárez, quien va a reemplazar a la señorita Honorina —fue interrumpido por aplausos y algunas hurras, que hicieron sonreír al nombrado, quien terminó agitando la mano a manera de saludo.

Cuando nos calmamos, el jefe de estudios añadió:

—Solo quiero recordarles, alumnos y alumnas, antes de retirarme, que guarden

un buen comportamiento y respeten mucho a su profesor, ¿entendido?

—Sííí —respondimos la mayoría. Otros estaban callados, serios e indiferentes, o hasta coléricos.

—Profesor —dijo, finalmente, muy ceremonioso el jefe de estudios—, queda usted con sus alumnos. Alumnos, quedan con su profesor. Espero que se lleven bien.

—Gracias, señor —respondió haciendo una venia el profesor Antonio Suárez.

El jefe de estudios salió cerrando con cuidado la puerta y el profe quedó frente a nosotros.

—Queridos niños y niñas —fue lo primero que dijo—, espero que nos llevemos muy bien como ha dicho el jefe de estudios. Antes que su profesor, quiero ser su amigo. Mi nombre, como ya saben, es Antonio; pero si gustan pueden llamarme Toño o, simplemente, profesor.

—¡Bravo! —aplaudieron Pablo Simón Lara, Celia Aguirre, Tribilín, entre otros. Los demás, alegres, comentamos—: Chévere, ¿no?

—Profesor —como siempre, Mónica Caycho, la brigadier, levantó la mano para hacer

observaciones—, a la señorita Honorina no le gustaba que hagan bulla.

—Calla, patera —dijo por lo bajo Canito, creyendo que no lo oiría el profesor.

—Profesor, ¿ya ve cómo insulta? —se quejó Mónica Caycho poniéndose roja, acusándolo con el índice.

—Niños, por favor —azorado el profesor trataba de poner orden. El murmullo bajó hasta silenciarse—, no hagan que me enoje el primer día de clases, se los suplico. He venido entusiasmado, con muchas ganas de llevarme bien con ustedes, y espero encontrar de su parte mucha comprensión y colaboración. No me gusta que se acusen ni que se estén peleando.



—Qué chinchoso, ¿no? —comentó Miriam Ortega por lo bajo, dirigiéndose a Víctor Loayza, su compañero de asiento, quien estaba serio y no se dignó responderle.

En ese rato sonó el timbre con tal fuerza que nos hizo salir disparados entre una gran algarabía, sin importarnos que el profesor se quedara parado en medio del salón, desconcertado.

Las dos primeras horas del día siguiente tuvimos el curso de Comunicación, y el profesor dijo que tocaríamos el tema del periodismo. Nos habló de su importancia en el mundo, especialmente cuando no había tantos medios para transmitir la información como hoy, nos hizo leer algunas noticias del *Diario de Chimbote* y nos señaló sus partes principales.

Después, en las clases de los días siguientes, hicimos prácticas de redacción de notas informativas, artículos, entrevistas, etc. Todos trabajábamos muy bien. Explicaba bonito y la clase la hacía alegre, haciéndonos reír con algunas ocurrencias.

Claro que había algunos que todavía lo miraban con antipatía porque, según

decían, «por su culpa se había ido la señorita Honorina»; entre ellos, Boris, un chico de tez clara, pelo lacio color castaño y con pecas en la cara, a cuya casa la profesora llegaba siempre de visita, porque era amiga de sus padres.

—Hay artículos y noticias, tanto de la ciudad como del plantel, que están muy interesantes —dijo después de revisar uno a uno los trabajos—, y que acaso no deberían quedar solo en el cuaderno. Sería bueno que los conociera todo el colegio.

Nosotros lo mirábamos expectantes. Alguien preguntó:

—¿Y qué se puede hacer para que los conozcan todos?

El profesor parecía haber estado esperando esa pregunta.

—Podríamos difundirlos en un periódico mural —dijo—. En todos los colegios existe un periódico escolar, y aquí no hay ninguno según he visto.

—Hagamos nuestro periódico mural, profesor —dijo Guillermo, el más serio y estudioso de la clase.

—¿Están de acuerdo todos? —preguntó el profesor.

—Sííí —respondimos.

Entonces el profesor dijo que habría que formar un equipo responsable. Que para ello se necesitaba un director, un jefe de redacción, un reportero, un jefe de noticias y uno o dos dibujantes; y que todos los demás seríamos redactores.

—Pero falta algo, profesor —dijo Caycho—, ¿dónde vamos a colocar los trabajos?

—Yo me encargo de eso —dijo el profesor—. Solicitaré a la madre directora que nos proporcione un panel o una pizarra antigua, y luego lo acondicionaremos.

—¡Hurraa! —gritamos algunos.

Luego de eso, inmediatamente se procedió a nombrar a los responsables de cada tarea. Se propusieron algunos nombres. Y cuando el profesor se hallaba escribiéndolos en la pizarra, alguien gritó:

—¡Profesor!

Era Ronald Matos.

El profesor al volverse de inmediato, preguntó:

—¿Qué ocurre?

Hubo un silencio general. El profesor observó que los alumnos que ocupaban una carpeta cerca de Ronald sonreían, tratando de poner cara de disimulo. Entonces dirigió una mirada interrogativa hacia Ronald.

—Paredes le ha estado faltando el respeto, profesor.

—¿Qué ha hecho?

Ronald no respondió. Colérico, tenía la cara vuelta hacia Paredes, quien se pasaba la mano por el cabello sin poder evitar una risilla.

—Espérate nomás —le decía a Paredes—, le voy a decir a la madre directora que te paras burlando del profesor.

Intrigado, el profesor se acercó donde Ronald.

—Vamos, dime, ¿qué ha hecho? —insistió el profesor.

Ronald se agachó y entre dientes, dijo:

—Se ha estado burlando de usted, profesor.

El profesor se dirigió hacia Paredes.

—¿Qué pasa contigo, niño?, ¿por qué te portas mal?

—Miente, profesor.

—¿Miento? —Ronald se indignó. Iba a decir algo, pero el profesor lo cortó.

—Ya, basta —y dirigiéndose a toda la clase, advirtió—: Mucho cuidadito con portarse mal, ¿eh? Yo los aprecio a todos ustedes, pero no soporto malcriadeces.

Se volvió. Cogió la tiza y escribió con letras bien grandes en la pizarra.

RESPONSABLES DEL PERIÓDICO MURAL

Seguidamente pidió candidatos, entre los que para mi sorpresa alguien me propuso para reportero, porque según dijeron era muy conversador y podría hacer entrevistas. Iba a rechazar airadamente la propuesta, pero como entre los candidatos para otro cargo aparecía el nombre de Gloria Cámara, por quien yo suspiraba, guardé silencio.

Finalmente, después de un buen rato entre propuestas, negativas y aceptaciones, la directiva quedó conformada de la siguiente manera.

Director: Guillermo Escate Miranda (noble, serio y aplicado).

Jefe de Redacción: Gloria Cámara (bonita, sencilla, recién trasladada de otro colegio).

Jefe de Noticias: Norma Saavedra (palamilla, medio alocadita. No confundir con Norma Acero).

Reportero: César Arroyo (o sea yo; más conocido como Cajeta. Así me dicen por el nombre que se les da a los envases de manjar blanco, dulce que me gusta mucho).

Dibujante: Ramiro Paredes (burlón, desordenado, buen artista, a quien por esta cualidad, precisamente, la señorita Honorina engreía).

—¿Y el nombre del periódico? —preguntó Miriam Ortega—. ¿Cuál será el nombre del periódico?

—Ya lo he pensado —dijo el profesor—. ¿Les parece *El Galeón de Oro*?

—Sííí —hubo aceptación general.

Y así quedó denominado nuestro periódico mural.

A la hora que sonó el timbre para el recreo, entre la rumorosa alegría de los muchachos lanzándonos al patio, el profesor detuvo unos instantes a Ronald Matos.

—Quiero conversar contigo —le dijo—. Te espero en la sala de profesores.

Ronald, un poco asustado, contestó que acudiría.

Yo, como gran periodista que quería ser, y sobre todo para impresionar a Gloria, mi jefa de redacción, pensé que podría haber allí una gran noticia y decidí seguir disimuladamente a Ronald en el momento que se encaminó al lugar citado; pero, como yo no podía entrar a la sala de profesores sin autorización, me fui por el lado de las ventanas de atrás y allí, agachadito, escuché la conversación.

—Ronald, dime en confianza —lo interrogó el profesor—, ¿qué es lo que dijo o hizo Paredes cuando yo escribía en la pizarra?

Ronald Matos recobró, al parecer, la confianza. Yo levanté ligeramente la cabeza para mirar y ellos no se dieron cuenta.

—Le ha hecho así, profesor —dijo e hizo un ademán de decapitar, pasándose el índice por el cuello; y, seguidamente, puñetes provocativos y hasta el ademán de ametrallar por la espalda—. A todos los mayores les hace así cuando no lo ven; pero a usted más, profesor, desde que llegó en reemplazo de la señorita Honorina. Y eso me molesta mucho.



El profesor le dio unas palmaditas en el hombro y lo despidió con una sonrisa.

—Gracias, Ronald, eres un buen chico. Tendré más cuidado en adelante.

¡Vaya!, me aparté amargo al comprobar que ahí no había ninguna noticia interesante para el periódico. Pero ya la encontraría en cualquier momento.



No pasaron muchos días cuando el descontento de algunos padres de familia por la salida de la señorita Honorina se puso de manifiesto en el patio del colegio.

Algunas señoras, solas o con sus esposos, pedían que vuelva la señorita Honorina porque ella, decían, venía enseñando desde el primer grado a sus hijos y que debíamos hacer la promoción bajo su tutela.

Eso será para algunos o la mayoría, pensaba yo, pero no para mí, porque anteriormente yo no estudié aquí, sino en la escuela de don Macario, un viejito que ya murió, quien nos enseñaba en su casa a correazos si no sabíamos la lección. Me acuerdo que criaba en su corral, al fondo de la única aula,

un tremendo chancho con el que jugábamos montándolo a la hora del recreo.

¿Y qué más reclamaban los padres de familia?, dirán ustedes. Ah, los que tenían hijas manifestaban que un profesor varón no sabría tratar a sus niñas, que no las comprendería.

Comentaban también que seguro el profesor Toño había sido recomendado por alguien muy influyente, y por eso la madre directora lo prefería a él y no quería ayudar a la señorita Honorina para que trabaje en el turno de tarde en nuestro colegio, según se lo había pedido ella. Yo entre mí pensaba: es una ambiciosa, si ya tiene su trabajo por la mañana en el Colegio San Pedro, ¿quiere más todavía?

La madre directora les dijo, cuando la acosaron, que era imposible trasladar nuestra sección al turno de tarde para que trabaje la señorita Honorina, porque no había aulas disponibles en ese turno.

Los padres de familia se fueron descontentos diciendo que de todas maneras harían una asamblea con todos los demás padres para tratar el tema.

Una mañana el jefe de estudios llamó al profesor Toño y le manifestó que, como ya seguramente la señorita Honorina le habría informado oportunamente, para el día lunes estaba programada la visita de toda nuestra sección a una fábrica de conserva de pescado, y él necesitaba ahora que el profesor le diera el dinero que ella le había dejado para pagar al dueño del bus que nos transportaría y que no debía tardar en llegar. El profesor le respondió que la señorita Honorina no le había informado sobre el paseo ni menos le había dejado algún dinero.

El otro se sorprendió; sin embargo, dijo que seguramente la plata la habría guardado en el armario del salón, y agregó:

—¿Tampoco le dejó la llave?

—La llave del armario sí la tengo —dijo el profesor.

Entonces se dirigieron a abrirlo, mas cuando lo hicieron no encontraron ningún dinero. Se armó un escándalo. Vino la madre directora. Ella igualmente dijo que la señorita Honorina le había asegurado que estaba dejando la plata, aunque sin indicarle si la entregó al profesor o la guardó en el armario.

Inmediatamente, la madre hizo llamar al portero que era un hombre humilde, muy bueno, al que todos conocíamos como don Vidal, quien, además de cuidar el portón, barría los salones, el patio, limpiaba los baños y en sus días libres se buscaba la vida trabajando como fotógrafo.

El pobre don Vidal juraba y rejuraba que él no había tocado esa plata. Pero la madre, que no le creyó, le dio plazo hasta el día siguiente, amenazándolo con que si no aparecía ese dinero sería despedido sin reclamo a nada.

Me dio pena la cara del pobre hombre. Estaba desmoralizado completamente. Tenía ganas de ir a buscar a la señorita Honorina y hacerle confesar dónde tenía el dinero.



Las sospechas de que el profesor Toño se habría apropiado de la plata y lo estaba negando inundó el colegio. La madre, también, empezó a dudar del profesor. Y lo peor fue cuando los padres de familia se enteraron. Vinieron algunos, madres sobre todo, que cuchichearon y levantaron murmullos que hicieron sentir incómodo al profesor, que no sabía cómo demostrar su inocencia.

Fue recién al día siguiente que apareció la señorita Honorina, quien vino casi a la fuerza, porque el portero, que era su vecino, había ido a suplicarle para que aclarara lo del dinero, pues la madre lo quería echar de su trabajo.

Ahí la profesora dijo que la disculparan, que la apenaba lo que había ocurrido, que la plata la tenía ella, debido a que el alumno Boris, a quien le había dado el duplicado de la llave para que sacara un dinero que le pertenecía, le había llevado también el de la cuota de los padres de familia para el pago del bus. Que antes no había venido a avisar por falta de tiempo, pero que ahí estaba el dinero y que la disculparan, por favor.

Boris, que había faltado el día anterior, manifestó también que no acudió a clases porque estuvo resfriado.

Todo eso me olía a complot, a cosa amañada para hacer quedar mal al profesor. La señorita Honorina sabía lo del paseo, ¿por qué entonces esperó que fueran a buscarla para recién entregar el dinero?

Por otro lado, Boris no mostraba signos de que hubiera estado resfriado.

Una vez que apareció la plata ya se pudo pagar la movilidad, y la excursión se realizó sin contratiempos el día lunes.

Fue chévere esa visita a la fábrica conservera. Quedaba en Miramar, a solo tres cuerdas del colegio San Pedro donde enseñaba la señorita Honorina.

Amablemente, el administrador nos dio la bienvenida entre el ajetreo de los trabajadores y un leve olor a pescado. Luego de dejarnos en manos del jefe de personal para que nos hiciera observar como se producían las conservas, se retiró. Fue así como, formaditos en dos filas, una de hombres y otra de mujeres, nos desplazamos los treinta alumnos que éramos.

El profesor nos recomendó que estuviéramos atentos a las explicaciones que nos hiciera el jefe de personal y los trabajadores

de la planta, pues sobre eso nos evaluaría en el curso de Personal Social. Además, añadió, había que reunir el material para el periódico mural, y para ello tanto los de la directiva como los demás alumnos deberíamos hacer entrevistas y todo tipo de anotaciones para redactarlas después en forma de noticias y crónicas. Asimismo, podríamos hacer dibujos sobre la planta, los trabajadores y la producción en general. Eso tendría nota también en los cursos de Comunicación y Arte.

Al recorrer las instalaciones de la fábrica conservera, pudimos observar, cómo el pescado, eviscerado por mujeres llamadas «hueveras», pasaba a ser sancochado en unos calderos altos vigilados por hombres protegidos con ropas impermeables de color amarillo, para luego ser transportado sobre una faja que se desplazaba hacia un lugar donde recibía chorritos de aceite antes de ser envasado automáticamente.

Las mujeres que se encargaban de vigilar el cumplimiento de todo el proceso se llamaban «controladoras», y eran solo dos o tres en toda la fábrica.

Había algunos alumnos que estaban muy atentos al comienzo, pero después se dedi-

caron a jugar o a empujarse, aprovechando que el profesor estaba algo lejos conversando con otro grupo.

La brigadier Mónica Caycho se mataba anotando en su cuaderno a los indisciplinados. Pero como ni aún así hacían caso, fue donde el profesor. Este vino y puso orden.

Algunas chicas, como Gloria Cámara (a quien me gustaba observar siempre de manera muy disimulada), solícitas se pusieron a ayudar a las trabajadoras.

Yo le pregunté a un obrero, vestido con impermeable y capucha, si tenía noticia de algún accidente ocurrido en ese trabajo.

—Claro —me dijo—, una vez reventó un caldero y el agua hirviendo se desparramó por la parte donde trabajaban las fileteras. Dos de ellas murieron por las quemaduras y otras fueron internadas de emergencia, salvadas por los bomberos que llegaron casi inmediatamente. Hubieras visto, amiguito —añadió—, la gente del barrio Miramar se volcó a informarse sobre la tragedia, porque casi todos tienen familiares que trabajan en la envasadora.



«Ya está», comenté después para mí solo, «de aquí saldrá mi artículo para el periódico mural».

Estuvimos como tres horas mirándolo todo, anotando y dibujando. Después, la mayoría, como estábamos aburridos, nos dedicamos a saltar y jugar. Hasta que el profesor comprendió que había llegado el momento de hacernos formar para salir.

Antes de que lo hiciéramos, el administrador se presentó de nuevo para agradecer nos la visita y en retribución, según dijo, nos obsequió a cada uno dos latas de conserva, que aunque no estaban etiquetadas, sabíamos que eran de atún. Al profesor le regaló una caja de veinticuatro unidades, ante el aplauso de todos nosotros.

Cuando salimos, el bus todavía no llegaba. Al parecer iba a demorar, pues nosotros habíamos salido antes de la hora convenida.

Hacía calor y el aburrimiento nos mataba.

Entonces a alguien se le ocurrió que como estábamos a solo tres cuadras del colegio donde enseñaba la señorita Honorina sería bueno visitarla. A todos, hasta a mí,

nos pareció buena idea, y se la comunicamos al profesor, y él como era buena gente, aceptó.

Ya en ese colegio, mientras el profesor fue a averiguar en qué salón se hallaba la señorita Honorina, descubrimos en el pasillo al cura de nuestro barrio. En un loquerío corrimos a abrazarlo. Él, sorprendido, no sabía qué hacíamos allí; cuando se lo dijimos, se alegró y nos felicitó.

Poco después, fingiendo gran alegría (siempre me pareció hipócrita, de eso no me cabía duda), apareció la señorita Honorina con los brazos abiertos. Los que eran sus hinchas, ganándose unos a otros, corrieron a su encuentro.

Solo nos atendió un ratito, dijo que estaba en clases y que iría a visitarnos en los próximos días. Se despidió dándonos besitos volados. Paredes, nuestro dibujante, y Boris, su inseparable amigo, junto a tres niñas más, no se despegaron de ella y la acompañaron hasta la puerta de su salón.

Cuando volvimos a la fábrica conservera, el bus ya estaba esperándonos.

Poco después partíamos de vuelta al colegio, muy alegres, cantando.

El *Galeón de Oro*, nuestro periódico mural, salió muy bonito, con entrevistas, notas y muchos dibujos seleccionados y corregidos por el profesor Toño. Mi artículo sobre la tragedia en la fábrica de Miramar fue muy comentado, lo mismo el trabajo de Gloria Cámara reproduciendo una conversación que tuvo con una filetera acerca de su dura vida en esa ocupación, donde, según decía, hacían turnos hasta de noche, ganando a destajo un mísero jornal.

Lo que de veras nos sorprendió fue la composición poética de Hugo, de quien sabíamos que era hijo de un poeta, pero no que también él escribiera. Decía su poema:

*Los peces ya no están en el mar.
Ahora enlatados lucen los pobres.
¡Ay, pececitos míos!,*

*sin mar, sin olas,
¿qué será de ustedes
con tantas bocas hambrientas
que los esperan?*

El poema estaba ilustrado con un bonito dibujo de Paredes en el que se veía completa la bahía de Chimbote por donde sobrevolaba una bandada de aves marinas.

En el editorial, Guillermo alabó al personal de la fábrica que tan bien se portó con nosotros y criticó asimismo a los niños que tuvieron mal comportamiento. Entre las noticias se destacó la visita al Colegio San Pedro y el encuentro con la señorita Honorina.

Nuestro periódico gustó y hubo alabanzas para los que habíamos escrito en él. Esto nos llenó de mucho entusiasmo. Los de la directiva nos hicimos la promesa de buscar pronto una noticia que fuera más impactante aún para ofrecerla a todo el alumnado de nuestro colegio. Al parecer, *El Galeón de Oro* motivó también a otros profesores para lanzar un periódico de su sección.

Esa gran noticia que esperábamos los del sexto grado se presentaría muy pronto; justo el día del cumpleaños de Guillermo, nuestro director.

Nos había invitado alcanzándonos unos papelititos del tamaño de un cuarto de hoja de cuaderno, bien dobladitos, donde decía que nos esperaba en su casa el día sábado en la tarde para pasar un momento grato, por tratarse de su cumpleaños.

Yo estaba en apuros porque no tenía ropa aparente para la ocasión. Pero Ronald, que vivía a la vuelta de mi casa me animó, diciéndome que él estaba en las mismas condiciones y que iría con lo que tenía. Bastaba con que la ropa estuviera limpia.

De modo que me animé y fuimos.

Ya en la reunión ni nos fijamos cómo estaban vestidos los demás. Pusieron música en el equipo de sonido y algunos se animaron a

bailar. No éramos muchos los que acudimos (aunque creo que Guillermo seleccionó a sus invitados). De su familia también había pocos. La más alegre de todas las muchachas era Dina, la hermana de Guillermo. Era ya casi una señorita. Decían que tenía catorce años, era bonita y muy sociable.

Después de repartirnos bocaditos y gaseosa, Dina sacó a bailar uno por uno, a los recelosos sobre todo. Yo temía que me sacara a mí, porque no sabía bailar. Ronald sí, qué bien se divertía bailando con las hermanas Acero y con Norma, que eran sus hinchas. Yo estaba que me fijaba en los pasos de baile de los demás por si me tocaba salir, en tanto disimulaba haciendo barra junto con Uvita, Víctor Loayza y Anita Bullón. Me alegraba que no estuviera Gloria Cámara, porque me habría sentido mal de que viera que yo no sabía bailar.

Hasta que me tocó mi turno. La hermana de Guillermo vino y me invitó a bailar. No sé cómo me habré movido, pero de puro azarado solo miraba el suelo, mientras ella me hacía bromas y me preguntaba cómo me llamaba y dónde vivía.

Felizmente acabó la pieza y ya no bailé con nadie más.

Luego vino el *Happy Birthday* a Guillermo y seguidamente la repartición de la torta. Estábamos en esto, cuando Boris, que había salido a comprar a la tienda del lado, entró apresuradamente diciendo que en la isla Blanca había un incendio.

Precipitadamente salimos todos a la calle, y a esa hora, que serían las cinco de la tarde más o menos, se veía de veras que en la isla que se alzaba al frente de Chimbote se elevaban unas llamas altas, como si, en efecto, hubiera un gran incendio.

—¿Qué es? —nos preguntamos boquiabiertos. Nadie lo sabía, ni la gente mayor que se arremolinó en la calle. Algunos vecinos se subieron incluso al techo de sus casas para ver mejor.

Las llamas mostraban un surco luminoso que descendía desde las faldas y moría a la orilla del mar.

En un ratito, toda la población estaba alarmada. Unos decían que a lo mejor se trataba de un volcán que iba a erupcionar; otros, que solo sería un espejismo. Y había los que presumían que el viejo Tijera, guardián de la isla, habría propiciado ese incendio.



Pero lo que propalaron las radioemisoras y los periódicos el día siguiente nos dejó pasmados, decían que esas llamas eran los fuegos fatuos de un tesoro que habría dejado enterrado el pirata inglés de origen flamenco Edward Davis, quien en el pasado habría escogido estos lugares para enterrar los tesoros que arrancaba a los galeones españoles.

—Sí, estimados radioescuchas, un extraño fenómeno producido en la isla Blanca el día de ayer causó gran inquietud en nuestra población, y ha dado lugar a que los diarios capitalinos manifiesten que se trataría sin



duda del tesoro escondido del pirata Davis en este puerto, quien escogió estos parajes para su escondite, luego de atacar a los galeones españoles que navegaban por este litoral hasta Panamá, conduciendo apreciables cantidades de oro para ser llevados por la vía del norte a la Madre Patria...

Sin embargo, había quienes se aventuraban a decir también que podría tratarse acaso de unos entierros que habrían hecho los chilenos, luego que saquearon durante la guerra del Pacífico la hacienda Tamborreal, de un tal Derteano.

El lunes, en el colegio, se comentó el hecho toda la mañana.

Esa misma tarde volvió a incendiarse la isla, pero como en el día anterior, las llamas se levantaron solo unas horas, luego se extinguieron.

A raíz de ese hecho, yo propuse en el aula que el club de periodismo se pusiera en acción. Ahí había una noticia bomba que no debíamos desaprovechar.

Los demás miembros de la directiva, y otros que no lo eran, también se entusiasmaron.

El profesor Toño pidió entonces ideas acerca de lo que deberíamos hacer para recoger el material.

Alguien dio la idea de visitar el muelle Gildemeister y entrevistar a los pescadores artesanales, pues ellos con sus botes siempre estaban pescando cerca de la isla Blanca y algo debían de saber.

—Es una buena idea —dijo el profesor.

Y con él acordamos visitar el muelle el día sábado. Iríamos solo los miembros del club y el poeta Hugo, que había pedido acompañarnos porque quería inspirarse viendo el trabajo de los pescadores artesanales. El profesor no solo le dio autorización, sino que dijo que, en adelante, Hugo sería el jefe de la página literaria. Todos aplaudimos y Hugo quedó contento.

El mayor interés para mí era averiguar si alguno de los pescadores había oído hablar alguna vez del pirata Davis. Sería un notición si conseguía mayores datos sobre ese asaltante de los mares.

Yo soy el fantasma de Nolan Swan que anda por este mundo buscando su salvación. A veces suelo pasear por el viejo muelle de La Caleta de Chimbote, sobre el que ya nadie camina; pero más de las veces deambuló por acá, por la isla Blanca. Yo conozco bien la historia del pirata Edward Davis, como que navegué con él por los mares del sur, hasta que me dejó en esta isla desértica por razones que ya les contaré. El resto de su historia, es decir, la que no viví al lado de él, me la contaron las olas que a veces en forma de nubes suben al cielo y después convertidas en lluvia y luego en torrentes vuelven al mar.

La zona donde Davis solía hacer sus correrías estaba en el mar Caribe. Gran parte del botín que obtenía lo escondía en las islas del sur de América. Una de estas islas, precisamente en la que tenía su mayor fortuna, es esta, la isla Blanca.

Entre sus tripulantes un buen número mostraba algún defecto físico. A unos les faltaba un brazo; a otros, algún dedo de la mano, y había quienes carecían de una pierna o eran tuertos. A mí no me faltaba nada felizmente, al menos hasta que llegué a esta isla. En la bandera que ostentaba nuestra nave pirata se veía una impresionante calavera, que resaltaba en un fondo negro.

—¡Ah, ja, ja, ja! Muchachos, esta es nuestra única bandera —decía Davis cuando estaba borracho—. No tenemos otra.

Contaba este hombre, cuando estaba de humor, que siendo muy joven, entusiasmado por recorrer los mares, se embarcó por vez primera, invitado por un viejo filibustero que, haciéndose pasar por un honrado navegante, le dijo que era capitán de una nave mercante que comerciaba en diversas partes del mundo.

Mas el joven grumete se enteró de la verdad en el primer embarque. Lo que cargaban no era precisamente mercancías, sino cañones y toda clase de armamentos.

Fue así que partieron. Navegaron y navegaron por alta mar hasta que se toparon con un galeón español. Los tripulantes de esta nave los vislumbraron y se alertaron.



—¡Miren esa bandera negra con la calavera!
¡Piratas, señor! ¡Se dirigen hacia nosotros!

—Sí, pretenden cortarnos el paso. ¡A los cañones! —ordenó el capitán español.

Los hispanos soltaron fuego graneado contra los piratas.

—¡Muchachos —gritó el jefe de los asaltantes—, ocupémonos de esos fantoches que quieren asustarnos disparando sus cañones. ¡Sangre y agallas! ¡Al ataque mis valientes!

La batalla cobró intensidad. Davis veía cómo caían despedazados a su lado muchos hombres. Pero la fiereza de su capitán era tal que a gritos les ordenaba no retroceder.

—¡Tiren los botes! ¡Al abordaje!

El capitán se desplazaba de aquí para allá, entre los chaparrones de las olas y la lluvia intensa que empezó a caer.

Bastó que unos cuantos ganaran la cubierta y se entabló un duelo a sablazo limpio. Los españoles iban cayendo uno a uno frente a esos seres endemoniados que parecían ser los bucaneros.

Davis, aunque retrasado, trepó también al galeón español y aunque se resistía a matar españoles, dos de ellos, sin considerar su condición de

muchacho inexperto que parecía deambular como perdido en esa batalla, se dispusieron a liquidarlo atacándolo con sus sables. Sin embargo, Davis, al percibir la decisión matonesca de aquellos, contrarrestó sus sablazos y, con gran agilidad y valentía, atacó con furia y les dio muerte.

Fue su prueba de fuego. El jefe de los piratas, el capitán John Cook, lo felicitó luego de que se apoderaron del galeón. «Te has comportado como el mejor de mis hombres», le dijo palmeándole el hombro.

Los bucaneros tomaron varios prisioneros, entre ellos al capitán español, y hundieron el galeón, luego de sacar el oro que transportaba.

—¡Encierren a esos gusanos en la bodega! —ordenó John Cook— ¡No les den de comer ni de beber! ¡Prepárense para zarpar!

Y fue así como se alejaron del lugar hasta llegar a una zona poblada de tiburones, donde torturaron a los cautivos, haciéndolos caminar enmarrocados y vendados sobre tablones tendidos como puentes hacia el mar. Los piratas celebraban la angustia de los prisioneros al dar cada paso. Brindaban con ron y daban carcajadas destempladas. A Davis también le hicieron beber y «para templar su espíritu», como dijo el capitán John Cook, luego de que los prisioneros españoles cayeron al mar, lo hicieron caminar vendado diez

pasos sobre el tablón, pero solo para reírse, porque después lo rescataron.

Esa historia, como ya dije, yo, Nolan Swan, la sé de memoria porque escuché contarla cientos de veces al capitán Davis, cuando la calma chicha nos dejaba a merced de las olas y no había otra cosa que hacer, salvo contar nuestras vidas, jugar a las cartas o a los dados y beber aguardiente.

Y a eran más de las ocho de la mañana y en el colegio seguíamos esperando al profesor Toño para dirigirnos al muelle Gildemeister, tal como habíamos quedado. De pronto, se presentó un joven que dijo ser su vecino. Traía una nota en la que el profesor nos hacía saber que lamentablemente no podría venir, debido a que la UGEL lo había hecho llamar de manera urgente para informarle sobre los avances de unos trámites que estaba haciendo, por lo que nos pedía disculpas y cancelaba la visita.

Todos nos sentimos defraudados. Sin embargo, Paredes, secundado por Boris, nos animó para ir al muelle a pasear por nuestra propia cuenta y riesgo. Estaba un poco lejos, pero podríamos ir despacio, sin mucho

apuro. Yo me animé al igual que Guillermo y Hugo. Paredes y Boris, los más entusiastas, animaron a las chicas, haciéndoles cambiar de parecer cuando ya estaban por regresarse a casa.

—Ya, pues, vamos —dijo Gloria después de pensarlo mucho.

Casi le doy un beso por su rápida decisión, pues ella era de las que pensaban dos veces antes de actuar.

—Sí, vamos —dijo Norma, que solo esperaba la respuesta de aquella.

Felices nos encaminamos todos.

Dejamos atrás el barrio Progreso, cruzamos el centro de la ciudad y llegamos al muelle a pura caminata, entre bromas y risas.

Mientras mirábamos el mar y percibíamos el aleteo de la brisa, vimos cómo en la fábrica de harina y aceite de pescado que se alzaba al lado las lanchas desembarcaban anchovetas. Estas eran succionadas y llevadas hacia las tolvas de la fábrica, donde eran pesadas y transportadas por unas fajas en movimiento hacia unos tanques —en los cuales se escurría el aceite— para pasar finalmente a los hornos donde el brillante pececillo era cocido, prensado, secado y convertido en harina.

Algunos muchachos quisimos subir a la tolva para observar de cerca el paso de la anchoveta, pero el tovero nos lo impidió. Junto a él se encontraban otros hombres premunidos de bolsas de red para coger las caballas y otras especies que habían sido pescadas con

la anchoveta. Después, nos enteramos que no eran trabajadores de allí, de la fábrica, sino obreros de la siderúrgica, la planta de fundición de acero del puerto, quienes se hallaban en huelga y estaban reuniendo pescado para su olla común.

Norma y Gloria, que se encontraban a la entrada del muelle, observaban con mucha atención a los pescadores que, protegidos con gruesos impermeables amarillos, manguereaban la bodega de la lancha acoderada para descargar, a fin de que con el agua la succión de la anchoveta por los absorbentes de la fábrica fuese más efectiva. Lo malo era que la sanguaza y otros desechos iban a dar al mar, enturbiando y contaminando las aguas de la hermosa bahía. Los gordos y pesados pelícanos, que caminaban por cubierta, esperaban algún descuido de los hombres de mar para llenar su bolsa de anchoveta y emprender el vuelo al escape de la furia humana.

Boris y Paredes, un poco alejados de los demás, parecían tramar algo con un joven moreno, que se hallaba destripando caballas en la playa. Muy cerca, sobre una chalana volcada, dos gaviotas miraban contemplativas la llegada de un barco, dirigiéndose lentamente hacia el muelle de La Caleta.

Guillermo se aproximó al grupo e interrumpió la conversación, y dirigiéndose a Paredes le sugirió hacer para el periódico mural un boceto de los hombres que trabajaban en la tolva, a lo que él respondió que había una idea mejor: visitar la isla Blanca en el bote de su amigo —y señaló al moreno ocupado en su trabajo— que se había ofrecido llevarnos y traernos a todos en su chalana solo por diez soles, y que si no teníamos dinero en ese momento le pagáramos después. Allí podríamos —agregó— dibujar, describir la isla y, acaso, hacerle una entrevista al guardián sobre el incendio (en ese momento no pasó por mi mente ninguna sospecha del maléfico plan que se ponía en marcha).

—¿De veras? —dijo Guillermo un tanto entusiasmado ante la propuesta de Paredes; pero luego se arrepintió—: Mejor no —dijo—. No hemos pedido permiso a nuestros padres.

Entonces Boris entró a tallar:

—Bah, pero si la isla solo está al frente. Cebiche dice —se refería al chalanero— que a lo más emplea una hora en ir y volver.

—Con dos horas que estemos allí —añadió Paredes— será suficiente. En total, tres

horas. Son las nueve de la mañana. A las doce ya estaremos de vuelta para el almuerzo, ¿no creen?

—¿Tú qué dices, Cajeta? —me consultó Guillermo.

Yo, que estaba ávido de aventuras, mordí el anzuelo diciendo que aprovecharíamos la ocasión para conocer más nuestra bahía.

Llamaron a las chicas y a Hugo. Y les consultaron. Norma dijo que sí, de inmediato.

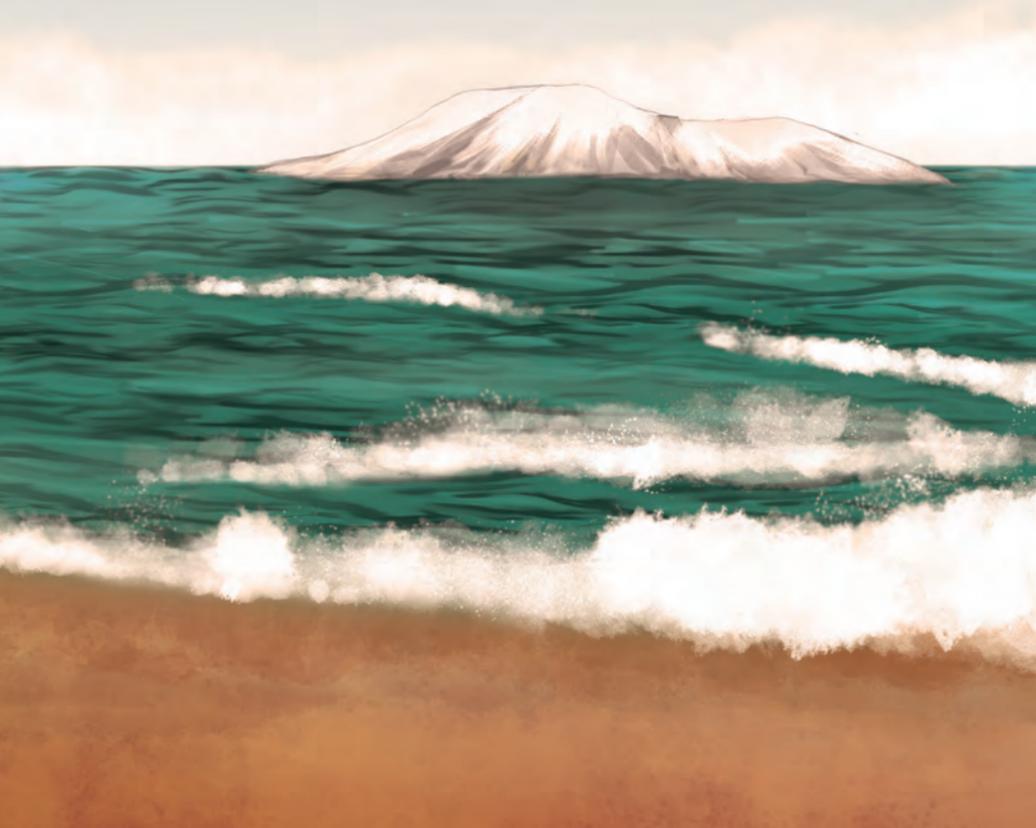


Pero Gloria, reticente como siempre, dijo que no contábamos con el permiso de nuestros padres ni del profesor.

—Pero si son solo dos horitas que vamos a estar allá —le dijimos—. Nadie lo sabrá.

—Pero es peligroso —dijo ella—, ¿y si nos caemos?

—Te agarramos entre todos —bromeamos.



Finalmente se animó. Y todos lanzamos hurras.

Pero el que no dio su brazo a torcer fue el miedoso de Hugo, quien a las finales se quedó, luego de que le hicimos jurar que no diría nada a nadie hasta después de nuestro regreso.

—¡Gordo gallina! —le gritamos cuando ya se alejaba.

Cebiche, que casi no hablaba, llenó su balay con pescado y arrastrándolo con mucho esfuerzo lo llevó hasta un camión estacionado a la salida donde un hombre lo esperaba.

Poco después, nos embarcamos en la chalana y partimos.

Luego de esa experiencia inicial y otras más, y ya desligado de John Cook, el bucanero Edward Davis, convertido en capitán de velero, se dedicó a asaltar ciudades de la corona española y pueblos junto al océano Pacífico. Fue así como él y sus hombres, yo entre ellos, después de saquear los pueblos de Zaña, en Lambayeque, y Santa, en Áncash, desembarcamos en el puerto de Casma en 1683, y luego de asaltarla el cura del lugar fue torturado (yo me había quedado cuidando la nave) para que declarara dónde guardaba el dinero del despojo a unos piratas que dos años antes arribaron al puerto. Pero como el sacerdote no dio la información que le pedían, terminaron por matarlo.

La cosa había ocurrido así: cuando llegaron aquellos piratas a esa población, extenuados y hambrientos debido a que habían perdido el rumbo después

de una tormenta, pidieron a los lugareños que los socorriesen con alimentos y agua a cambio de retirarse sin hacerles daño. Los lugareños, indígenas en su mayoría, acudieron a la playa Santa Catalina donde los bucaneros los esperaban. Les llevaron abundante comida y chicha de yuca, además de provisiones. Los facinerosos comieron y bebieron en tal abundancia que, a poco, se quedaron profundamente dormidos.

Al verlos en ese estado, a los pobladores les entró la tentación de subir al velero y comprobar si era cierto que los piratas poseían tesoros. Y, como en efecto lo comprobaron, ni cortos ni perezosos, sacaron todo lo que pudieron y se tiraron al monte a esconder el producto de su pillaje.

Enterados del hecho, el cura don Andrés Estrada y los alcaldes pedáneos —que así se les llamaba a las autoridades indígenas— temerosos de las represalias de los filibusteros, rescataron el dinero robado por los pobladores, amenazándolos con encarcelarlos y excomulgarlos, y acudieron inmediatamente a la playa a pedirles disculpas. Los piratas se mostraron comprensibles, diciéndoles que no se preocuparan, que no era mucho lo que habían tenido, y que lo tomaran en compensación por haberlos socorrido cuando ya desfallecían.

Ante esa sorpresiva respuesta de los facinerosos, el cura y los alcaldes se quedaron con el tesoro, les

proveyeron de más víveres y agua, y los forajidos se marcharon en paz.

Dos años más tarde, el capitán Davis saquearía Casma y pasaría por las armas al cura Andrés Estrada, luego enrumbaría hacia el norte.

Fue en esta oportunidad, de vuelta hacia el Caribe, al explorar con su catalejo la zona del litoral, que descubrió la isla Blanca frente a lo que es hoy la ciudad de Chimbote (que por entonces era una playa deshabitada). Davis observó que esa isla y la otra adyacente, la Ferrol, exhibían algunos boquerones, que constituían magníficos escondites; por lo cual decidió desplegar velas para que descansáramos y le echáramos un vistazo a esta pequeña isla, sin vegetación, pero poblada de aves marinas, lobos y pingüinos.

—¡Hey, muchachos! Preparen el asador, hoy comeremos carne de tortuga en esa playita.

Fue maravilloso el viaje sobre las olas, entre una chillería de pardelas, patillos y piqueros. Íbamos cantando y salpicándonos agua salada entre risas. Cebiche, que era joven y fuerte como un oso, se incomodó. Dijo que si seguíamos así, nos regresaría.

—¿Y si se caen? —añadió—, ¿quién será responsable si algo pasa?

Callamos y preferimos mirar el paisaje marino. Era una delicia ver volar encima de nosotros a los pesados pájaros cochos, a las ágiles gaviotas, a los escasos y raros cormoranes y a un ave de plumaje gris oscuro del tamaño de una paloma, de pico rojo intenso con comisura amarilla, que llevaba a ambos lados de la cabeza, bajo el ojo, algo parecido



a unos pendientes de color blanco, un ave que muy raras veces se veía así nomás en la playa.

—¿Cómo se llaman esas avecitas? —preguntó Norma.

—Zarcillos —respondió Cebiche.

—Son lindas —comentó Gloria.

Dentro de mí, desee tener un zarcillo entre las manos y ofrecérselo a Gloria para que lo acariciara y yo sintiese que me acariciaba a mí.

Después, pedí a Cebiche que me dejara remar un ratito (mi idea era impresionar a la chica de mis sueños), y él, accediendo, me alcanzó los remos.

Hice todo lo posible por remar con destreza, como lo hacía en la laguna artificial del Vivero Forestal, al norte de la ciudad; pero



aquí había que tener harto punche porque si no la embarcación no avanzaba. A pesar de que las olas no eran tan bravas, me era difícil gobernar el bote. Gloria, en vez de mirarme con admiración, me miraba alarmada.

Guillermo también probó para ver si lo hacía mejor que yo. Pero fue un fracaso. Boris y Paredes reían, y Cebiche ya no quiso dar más los remos a nadie. La conducción la asumió él. Poco a poco nos alejábamos de la ciudad. Los muelles se iban quedando lejos e igualmente las lanchas fondeadas en la bahía.

Muchos gallinazos asentaban en la isla cuando ya nos acercábamos a esta.

—¿Y por qué hay tanto gallinazo por aquí? —preguntó Norma.

—Vienen a comer lagartijas —dijo Cebiche—. En la isla abundan estos animalejos,

que han sido «sembrados» por las autoridades que controlan las islas.

—¿Y para qué los «siembran»? —preguntó Guillermo.

—Para que se coman a las garrapatas que acaban enfermando y matando a las aves guaneras.

Yo iba pensando en las cosas que contaríamos en la clase y dejaríamos con la boca abierta a todos los que no habían tenido el coraje de embarcarse como nosotros. Alardearíamos también ante nuestros padres y maestros.

Disimuladamente miraba a Gloria y la veía encantada con el viaje, las aletas de su perfilada naricilla vibraban con la brisa húmeda y salobre. Sin embargo, había momentos en que parecía asaltarle una preocupación.

Poco después, desembarcamos con gran alegría en una playita de arenas limpias. El sol alumbraba con fuerza; mas el viento que hacía rizar las olas atemperaba el ambiente.

Unos años después volvimos con el capitán Davis a la isla Blanca, luego de asaltar ciudades importantes como El Callao y Guayaquil. Él pensó que enterrar sus tesoros en una isla del Caribe era muy peligroso. En cambio, en un lugar como la isla Blanca, desértica y pequeña, donde nadie desembarcaba por verla insignificante, a ninguna persona se le ocurriría que allí se guardaban tesoros.

—¡Suelten velas! ¡Arrojen el bote al mar!

Cada vez que fondeábamos cerca de la isla Blanca, solo se encargaban de bajar los cofres Davis y los hombres de su absoluta confianza. Los demás nos quedábamos en el navío dedicados al juego, al trago o al descanso. Desde cubierta, solo podíamos ver a los que habían desembarcado perderse entre el albo roquedal.

Sin embargo, la última vez, a mí y a otro tripulante llamado Peter nos pidió acompañarlos. Pensamos que era por el peso, pues esta vez había que transportar un cofre con mucho oro y joyas a la isla —el más abundante respecto a los anteriores—. Davis consideró que luego de este no haría más entierros ahí y, recordando seguramente lo que alguna vez escuchó hablar en Panamá a unos españoles sobre la necesidad de asesinar a una o dos personas y enterrarlas o colocarlas junto a un tesoro para que las ánimas de estas lo resguardaran, ordenó secretamente a sus más fieles eliminar a los dos que se hallaban excavando, que éramos Peter y yo.

Después de que sendos balazos nos dejaron aparentemente tiosos, Davis fue de la idea que, en vez de sepultarnos, nos metieran en unas grietas a ambos lados de la entrada al boquerón, a fin de que la visión de nuestros esqueletos y la presencia de nuestras ánimas ahuyentasen a los que por allí se asomaran.

Ya en el barco, les dijo a los demás tripulantes que nosotros habíamos querido traicionarlo y por eso nos habían eliminado.

¡Hurra! Corrimos alegres por la playa cuando desembarcamos.

Cebiche nos miraba riendo desde el bote.

Yo, dándomela de jefe de la expedición, dije:

—Creo que lo primero que debemos hacer, luego de recorrer un poco la isla, es ubicar al guardián y hacerle la entrevista para que nos informe sobre el tesoro.

—¿Y dónde podemos ubicar al guardián?
—preguntó Guillermo a Cebiche.

Este, que se hallaba sentado en su bote descansando, indicó con un ademán de la cabeza hacia la derecha.

—Atrás de esa loma, cerca del faro, está la casucha del viejo Tijera, el guardián. Pueden buscarlo por ahí. Aunque a veces va a la ciudad por víveres o a tomarse unos tragos. Vayan por ahí, búsquenlo. Yo estaré por acá cerca, echando mi anzuelo para ver si pica algo —diciendo así, se bajó y empujó el bote hasta hacerle lamer las aguas para subir después a gobernarlo.

Confiados en que se quedaría por allí esperándonos, empezamos a caminar hacia donde Cebiche nos había dicho que quedaba el refugio del guardián.

Mientras avanzábamos por ese terreno pedregoso, unas lagartijas pardas se cruzaban a nuestro paso, metiéndose entre las rocas. Gloria les tenía mucho miedo y sentía terror cuando pasaban por su lado.

Eso fue un pretexto para mí, a fin de acercarme y estar al lado de la chica por quien suspiraba.

Diciéndole «No tengas miedo», me puse a su lado para brindarle protección. Ella, agradecida, se agarraba a veces de mí cuando los animalejos la asustaban. Yo estaba feliz tranquilizándola; mientras, con cierto

nerviosismo, pensaba en qué momento le diría que me gustaba.

Paredes, que se había dado cuenta de mis intenciones, por ratos me guiñaba y sonreía.

El terreno no solo era pedregoso, sino que estaba cubierto de guano de las aves y esto lo hacía bastante resbaladizo. Hubo una parte donde el cerrito se cortaba de golpe, formando algo así como un pequeño acantilado, lo cual nos obligaba a bajar por allí con mucho cuidado si queríamos continuar.

Luego de que yo bajé con cierta dificultad, Boris casi se desbarranca al descolgarse; por lo que Guillermo y Paredes lo hicieron con gran cautela.

Gloria y Norma no querían arriesgarse. Insistimos tanto, que por fin se decidieron. Con Norma no hubo mayor problema; pues los tres varones la recibimos entre sus chillidos de pánico y alegría. Gloria, en cambio, no quería que ninguno de los tres la tocara. Y como no íbamos a dejarla sola, animé a Norma para que ella la recibiera, y que yo me pondría a su lado para intervenir solo en caso necesario. Por fin, Gloria se decidió. Pero a la hora que se descolgó, retiré a Norma y yo

la recibí en todo su peso. Un poco que se molestó por eso, pero ya estaba hecho y no le quedó más remedio que agradecermelo. Lo malo es que cuando la tomé, todo fue tan rápido que yo no alcancé a percibir ni siquiera su aroma.

Poco después, continuando la marcha, fuimos a dar al bosque de piedras, del que algo nos había adelantado Cebiche durante el viaje.

Allí, en una pequeña hondonada, había rocas semejantes a esculturas de animales.

—Miren ese lobo —gritó Norma señalando una piedra negra con la apariencia exacta de un lobo marino.

—Y ese oso —señaló Guillermo.

Había, asimismo, una enorme roca que por momentos daba la impresión de ser un sapo y, a ratos, una rana gigante; aunque para la mayoría más parecía una concha de abanico. Pero los que eran inconfundibles, aparte del lobo marino y el oso, eran un pez, un perro, una tortuga y, lo que nos pareció increíble, un camello que estaba echado en un extremo del lugar. Todos fuimos a montarlo. Su giba, como el resto de su cuerpo, era exacta a la de un camello de tamaño real.

Yo ayudé a Gloria a subir al camello cuando pugnaba por hacerlo. Puse mis manos como estribo para que ella apoyara su pie y se impulsara. Una vez arriba, hizo movimientos como que cabalgaba sobre el animal, motivando la risa de todos. Pero lo que nuestra amiga no imaginó fue que yo, de un salto, quedaría montado detrás de ella y la cogería de la cintura. Al sentir mis manos, Gloria, como si le hubiera pasado corriente eléctrica, se desprendió de mí de un sacudón y saltó del camello.

Esto motivó la risa de los demás, que vitorearon:

¡Gloria, Gloria!

¡Cajeta, Cajeta!

¡Gloria y Cajeta!

¡Cajeta y Gloria!

¡Gloria y Cajeta!

¡Cajeta y Gloria!

Yo estaba feliz con ese coro, pero Gloria no sabía cómo esconder su rubor.



Lo que el pirata Davis nunca imaginó fue que de los dos hombres que mandó a asesinar en la isla para cuidar el tesoro, uno no había muerto, y ese era yo, porque las balas, gracias a Dios, no me habían herido gravemente, pero sí me habían hecho perder mucha sangre.



Cuando desperté del desmayo y tuve conciencia de que estaba vivo, busqué restañar la sangre valiéndome de lo que tenía a mano: las ropas de mi compañero muerto, con las que me proveí de vendas.

Para mi alimentación, tenía a la mano, para suerte mía, a la salida del boquerón, algas marinas, crustáceos, huevos de aves guaneras y agua que la lluvia dejaba en unos hoyitos de los roquedales.

Con eso pude sobrevivir y recuperarme.

Como el temor de un pronto retorno de Davis me quitaba el sueño, decidí hacerme del tesoro lo antes posible; para lo cual fui trasladándolo, día a día, a otro lugar de la isla.

La caminata hacia el faro resultó fatigosa, pero muy divertida. Sobre todo cuando nos detuvimos un rato a arrojarles piedras a los gallinazos que buscaban lagartijas entre las rocas.

Ya en el lomo de la isla, de espaldas a la ciudad, pudimos contemplar el mar en toda su inmensidad. Las olas embravecidas, azuzadas por el viento, chocaban contra las rocas rugiendo furiosamente, o bien se diluían silenciosas en una playita arenosa. Alrededor de los boquerones pudimos ver a los lobos marinos y focas, tomando sol o bañándose cerca de sus guaridas. También a los pingüinos, que se paseaban por las rocas, graznando o aleteando.

Gloria y Norma se enternecían viendo a esos animalitos que parecían unos niños bobitos, como decía la gente.

Más allá estaba el faro, todo oxidado y por caerse; sin embargo, en las noches oscuras veíamos desde la ciudad como su gran luz orientaba a las embarcaciones hacia el puerto.

Ávidamente buscamos con la mirada el rancho del que nos habló Cebiche. Mas, para nuestra sorpresa, no había por allí ni vestigios de algo que hubiera sido una vivienda o un refugio. Tampoco aparecía por ningún lado el viejo Tijera.

Pensamos inmediatamente en lo que nos dijo Cebiche.

¿Nos engañó?

Sentimos una desazón. Nuestro objetivo de hablar con el viejo guardián se derrumbaba. Las muchachas pensaron en regresar de inmediato hacia la playa del desembarco; pues ya era pasado el mediodía y el chalaneo debería estar esperándonos para volvernos al puerto.

—Vuelvan si gustan —les dije a todos—. Yo voy a avanzar un poco más allá. Tal vez encuentre al guardián. Luego los alcanzo.

Y antes de que pudieran responderme, eché a correr hacia la parte alta, que permitía ver el extremo noreste de la isla.

Mi alegría fue enorme cuando luego de un corto tramo vi que en la parte baja una figura humana se movía entre las rocas. Es él, pensé, ¿quién más? Y convencido de que ese hombre aceptaría acompañarme donde estaban mis compañeros para hacerle la tan ansiada entrevista, bajé casi corriendo sobre ese suelo resbaladizo apelmazado de guano. Si aceptaba la entrevista, me convertiría con toda seguridad en el reportero estrella de nuestro periódico mural.

Mientras tanto, ¿qué había sido del pirata Davis?

El pirata Davis, ya sin mí, había decidido hacer un alto en sus correrías y refugiarse en un puerto bajo la corona inglesa para dedicarse a gozar por un tiempo de su fortuna.

En ese puerto, donde abundaban viejos lobos de mar y toda gente de buen y mal vivir, había muchas casas de juego y bares en los cuales se bebía en abundancia. Cierta día en uno de estos bares el capitán Davis descubrió a una mujer bella, algo joven todavía, que se hallaba bebiendo sola. Se la veía triste y pensativa. Él, que como se habrán dado cuenta era de un corazón muy duro, sintió sin embargo por la mujer una especie de ternura y compasión, por lo que se aproximó hacia su mesa. «¿Puedo acompañarla

e invitarle un trago?», le dijo. Y ella le respondió, «No deseo compañía, señor, muchas gracias». Pero él no se amilanó. Le preguntó por qué estaba así, tan triste, que tal vez él podría ayudarla. Entonces ella suavizó su actitud hosca y le contó que estaba así porque acababa de perder a su esposo, quien fue pescador y su embarcación había naufragado. Tenía hijos pequeños a quienes no podía mantener. Entonces, Davis le dijo que le tuviera confianza, que sería su amigo, y le aceptara una colaboración. Sacó una bolsita de cuero con monedas de oro relucientes y, cogiendo varias, se las alcanzó. Ella no quiso aceptar, pero él insistió. Al fin las tomó y, agradecida, lo invitó a almorzar en su casa el día siguiente.

Davis conoció allí a los dos hijos de la mujer. Uno de ellos era ya casi un jovencito, el cual sintió mucha simpatía cuando su madre le presentó al bucanero, diciéndole que el capitán era su padrino, que volvía al cabo de muchos años de haber estado viajando por los mares del mundo.

—Vamos, hijos, denle un abrazo a su padrino.

Con el paso de los días, Davis se fue quedando poco a poco en la casa y, como vivía ya con la mujer, decidió establecerse en ese pueblo y no salir más a la mar, salvo embarcarse un día para rescatar su tesoro enterrado en esa isla del Mar del Sur que ahora le parecía muy lejana: la isla Blanca. Sin embargo, no

pasó mucho tiempo hasta que Davis enfermó, y, temiendo morir llevándose su secreto, cierto día desempolvó su mapa y se lo dio a su supuesto ahijado, que ya trabajaba como grumete en una embarcación.

—Mira, hijo, en este lugar está el escondrijo del tesoro...

En la isla Blanca, mientras tanto, Swan el sobreviviente, o sea yo, me cuidaba para que las embarcaciones españolas que dominaban aquellos lugares no me descubrieran y fueran a tomarme preso.

Un día, sin embargo, vi que desde la pequeña caleta de la costa, al frente de la isla, avanzaban unos hombres en unas raras y rústicas embarcaciones. Me aterroricé. Pensé que los españoles me habrían descubierto y venían en mi busca. Tal vez capturaron a Davis y vienen por su tesoro, cavilé. Yo, sin saber todavía que Davis había muerto, lo soñé interminables veces donde aquel me advertía que si no encontraba el oro en el lugar que lo dejó me daría horrible muerte. «¡Asqueroso, canalla, ¿dónde está el cofre?!». Y me veía caminando sobre un tablón estirado al mar desde cubierta, donde abajo me esperaban voraces tiburones. Esta y otras pesadillas me acosaban y terminaba despertándome entre las sonoras carcajadas del bucanero.

Escondido entre unas grietas, comprobé que aquellos hombres que venían a la isla no eran españoles, sino nativos que traían a enterrar a uno de sus



hermanos que había fallecido y que, según sus creencias, su ánima se convertiría en lobo marino e iría a habitar en adelante ese paraíso de aguas juguetonas.

Terminado el rito, los vi alejarse remando, dirigiendo sus embarcaciones de totora hacia la caleta, allá en la playa, donde al parecer habían levantado sus viviendas.

Tiempo después, el grumete —hijastro o ahijado del fallecido Davis—, que ahora era capitán de su navío, decidió marchar en busca del tesoro de la Isla Blanca.

Lo acompañaban algunos de los tripulantes de Davis que conocían la isla, mas no el lugar exacto donde fue enterrado el tesoro.



Faltando poco para llegar a la isla después de interminables días de navegación, sobrevino un motín, encabezado por mis antiguos compañeros.

—¡Media tripulación se ha reunido en el puente, capitán, quieren tomar el barco!

—¡Diantre!...

El joven capitán, que ya lo había sospechado y lo tenía previsto, logró sofocar el motín, luego de un arduo combate en el que murieron los cabecillas de los amotinados.

Después de este percance, llegaron a la isla Blanca, desembarcaron y, con el mapa en la mano, se internaron en busca del tesoro. Grande fue la sorpresa del capitán y sus hombres cuando, luego de excavar

fatigosamente durante horas de horas, al pie del cadáver de Peter, no encontraron nada, aparte de vestigios de haber sido removida la tierra.

—¡Maldición! Parece que alguien se nos adelantó.

Recorrieron toda la isla buscando algún indicio, mas, al no encontrar ninguno, tuvieron que volverse cargando el peso del fracaso.

Tiempo después, cuando se hallaban aprovisionándose de agua cerca de Panamá, avistaron un galeón español que provenía del Perú y, sospechando que estaría cargado de oro, lo interceptaron. Se produjo un sangriento combate, en donde murió el joven capitán de un disparo de cañón de los españoles. Pero la tripulación del barco pirata no se rindió y, aun sin su valeroso capitán, continuó el combate, aunque no pudieron evitar que la embarcación española se fuera al fondo del mar con todo el oro que transportaba.

Después de este infortunio, nadie los volvió a ver.

A solo unos metros del hombre que vi moverse entre las rocas, me detuve de golpe.

Este, al verme avanzar, salió y se paró delante de la roca.

La figura que ahora tenía ante mí era francamente increíble. ¿Era en realidad ese ser un hombre de carne y hueso o un ser inmaterial? Su rostro no podía distinguirse bien, porque algo como un pedazo de neblina que lo cubría, lo volvía borroso.

Sus pies descalzos parecían estar en el aire y su cuerpo, cubierto de harapos, era totalmente sin carnes como el de un esqueleto.

—¿¿Es us-usted el se-señor Ti-ti-jera??—tardamente con ganas de regresarme a la carrera.

—¿Quién? —se sorprendió el hombre, y luego reaccionando, dijo:

—¡Ah!, me confundes, hijo. Yo no soy la persona que piensas. Te contaré quién soy, pero prométeme que no vas a asustarte, pues no voy a hacerte daño alguno. Al contrario, siempre anhelé encontrar a un niño; es decir, una persona inocente como tú, a quien hacerle una revelación.

Dominando mi temor, traté de escucharlo. Pondría mucha atención en lo que iba a revelarme, como decía. Tal vez me serviría para dar la gran primicia en *El Galeón de Oro*.

Mientras hablaba, observé con sobresalto que su cuerpo se transparentaba, pues detrás de él se veía la roca y a ratos su figura vibraba como hierve el aire con el calor del desierto.

—No me tengas miedo, hijo, no voy a hacerte daño —repitió con voz suave, viendo seguramente mis ojos asombrados. Y añadió: —Soy, como te habrás dado cuenta, un ser espiritual, mejor dicho un fantasma. Sí, Nolan Swan, el fantasma de un antiguo marino que llegó a esta isla como tripulante del capitán Davis y a quien mandó matar junto a otro para que, según una

creencia de la época, nuestros espíritus resguardaran el tesoro que enterró en un lugar de aquí, asustando a los extraños que se aproximaran.

«Afortunadamente, los disparos que me dieron no me hirieron gravemente; pero ellos, creyéndome muerto, me dejaron. Yo sobreviví alimentándome con peces y otras especies marinas que aquí abundan, bebiendo agua de lluvia, y pude cambiar de lugar el tesoro. Sin embargo, tiempo después morí, ahogado por una tromba que me estrelló contra las rocas cuando intentaba sacar almejas para mi alimento».

«Desde entonces —continuó—, mi alma no descansa, hijo. Alguien tiene que desenterrar ese tesoro para que yo pueda salvarme. Una embarcación inglesa asomó por acá hace muchísimos años, y los hombres traían un mapa, que sería de Davis seguramente, pero no hallaron el tesoro porque como, te dije, yo lo cambié de lugar. Yo no podía avisarles nada, porque mi presencia no es visible a los adultos ni siquiera en sueños. En cambio tú, almita inocente, sí puedes verme y escucharme; es por eso que eres mi esperanza para que le avises a las autoridades dónde está el entierro y

así pueda yo salvarme de la condenación y encontrar la paz eterna».

Él es un fantasma, pensé, ¿qué me puede hacer?

—Entonces enséñeme dónde está el tesoro y yo avisaré a las autoridades del puerto —le dije conmovido por sus palabras.

—Mira —me dijo el fantasma—, si voy contigo para indicarte dónde está, me pueden ver tus amigos y asustarse. La verdad es que cuando ustedes llegaron, yo los estuve vigilando. Y los vi detenerse un rato en el bosque de rocas. Los vi, incluso, subirse al camello.

—Sí —dije—, mi amiga Gloria y yo.

—Pues bien, al costado derecho de ese camello está enterrado el tesoro, hijo.

—¿Al costado derecho del camello? —me asombré—: ¡Quién lo hubiera creído!

Poco después, nos despedimos. Yo llevaba la promesa de revelar el lugar del tesoro y así contribuir con la salvación de su alma.

En ese rato me entró un miedo súbito y, a toda carrera, como escapando del fantasma, subí la cuesta, resbalándome a ratos.

Ya en la cumbre, volteé a mirar el lugar en el cual lo había dejado, pero no lo vislumbré por ningún lado. Solo se oía el ruido de las olas golpeándose contra las rocas.

Y cuando me disponía a bajar, veo a Gloria subiendo solita hacia donde yo estaba.

—¡Gloria! —le dije corriendo a su encuentro—: ¿A qué has venido? ¿Y los demás?

—Están abajo descansando en la playa mientras esperan al chalanero que aún no viene.

—¿Y por qué has venido sola? —dije llegando a su lado con ganas de abrazarla, pero me contuve.

—Estaba preocupada porque demorabas —dijo—. Temí que pudiera ocurrirte algo malo.

¿No era esto acaso una declaración de amor? ¡Ya está!, dije entre mí, está claro que si ella se preocupa por mí es porque me quiere.

—¡Oh, gracias! —le dije—, muchas gracias. No debiste preocuparte por mí.

—Además —dijo, como arrepintiéndose de lo que había expresado—, yo también quería preguntarle algunas cosas al guardián para hacer mi nota. ¿Lo encontraste? ¿Está todavía por ahí?

—Sí, lo encontré —le dije—, pero hablamos muy poco. Estaba apurado y desapareció como por encanto— todavía no quería contarle la verdad, temía que se asustara.

—¿De veras?

—De veras.

Y mientras emprendíamos el retorno, caminando muy juntos, sin contenerme más alargué mi brazo sobre su hombro derecho.

Ella se estremeció. Quiso retirar mi brazo sacudiéndose; pero yo, haciéndola girar rápidamente, como había visto hacer al héroe

de las películas, la puse frente a mí y le cogí ambas manos, mientras le decía:

—Estoy enamorado de ti, Gloria. Me gustas un montón.

Gloria sin intentar soltarse esta vez de mí, ruborizada, bajó la mirada y pronunciando muy bajito, dijo:

—Tú también me gustas.

Y siguiendo siempre lo que había visto en las películas, la besé, sin darle tiempo a nada.

Cuando después bajamos hacia donde nuestros amigos descansaban, Gloria no quiso que la llevara abrazada ni cogida de la mano.

—Por favor, César, que ellos no se enteren —dijo.

Y yo estuve de acuerdo en que mi novia me llamara César y no Cajeta.

Antes de llegar donde los demás, decidí contarle a Gloria la verdad. Era mi novia, ¿no?

—¿Un espíritu? ¿Un alma? ¿Un tesoro? —dijo abriendo los ojos muchísimo—. No te puedo creer.

—Crearás cuando lo veas —dije corriendo hacia una laderita donde me pareció ver una vieja lampa tirada entre el guano seco de las aves.

Cuando la recogí, tenía la punta mellada y rota la parte superior del mango, allí donde se mete la mano para dar lampadas. Pero cogiéndola de la parte que aún quedaba del palo, se podía trabajar sin mayor dificultad.

Gloria me esperó en el mismo lugar hasta que volví.

Le dije que nos dirigiéramos hacia el camello de piedra.

—¿Qué hay ahí? —preguntó.

—El tesoro —le respondí.

—¿El tesoro? ¿Crees que sea cierto?

—Por supuesto —dije caminando a tranco largo hacia la enorme roca en forma de camello.

—¡Espera! ¡No me dejes! —gritó—. Aquí hay lagartijas.

Tiré la lampa y corrí hacia ella. Gloria valía más que cualquier tesoro.

A patadas hice correr a las lagartijas y aproveché para abrazar a mi novia.

—¡Bravo! ¡Hurra! ¡Viva los novios!
—gritaron saliendo de detrás de una roca nuestros compañeros a quienes creíamos descansando en la playa. Norma era la que más festejaba.

Yo, como si nada. Gloria sí estaba rojísima, después que se separó de mí de un salto.

—¡Oigan! —dije yo—. ¿Y Cebiche? ¿Ya vino?

—No. Todavía no viene, y ya es tarde —dijo Guillermo cambiando de semblante y reflejando cierta preocupación.

Noté una mirada cómplice que intercambiaban Boris y Paredes, quienes se quedaron callados.

—Y ahora, ¿qué vamos a hacer? —preguntó Gloria asustada—. A estas horas mis padres ya estarán preocupados.

—También mi mamá —dijo Norma—, ya deben de ser más de las dos de la tarde.

—Cebiche se comprometió a estar aquí al mediodía, y miren dónde está ya el sol —y

dirigiéndome a Boris y a Paredes, añadí—: Ustedes contrataron a ese tipo y, por lo tanto, ambos responden si no viene.

—Vendrá —dijeron muy seguros—. Se está demorando un poco, pero vendrá.

Boris y Paredes me estaban resultando sospechosos de la tardanza del chalanero. Pero pensándolo bien, ¿qué provecho sacarían con eso?

Para distraerlos de la preocupación, a Gloria y a Norma sobre todo, decidí entusiasmarlos con el tesoro, aunque ya había empezado a dudar yo también, como Gloria, sobre su real existencia. Tal vez no vi de veras al fantasma de ese ahogado y todo fue solo una alucinación.

A los recién llegados les dije que me encontré con un hombre raro, quien me dijo que excavando a la derecha del camello de piedra se encontraba un tesoro.

—¿Tesoro? —balbucearon asombrados—. ¿Sería eso el fuego que vimos arder desde la ciudad?

—Sí, claro. Eso mismo debe ser —dije con aire de convencido.

Poco después, ávidos, cavábamos por turnos hombres y mujeres. Luego de unos veinte minutos encontramos algo. ¡Toc toc!, sonó como madera en uno de los lampazos que dio Guillermo.

—¡Ahí está! ¡Ahí está! —gritamos todos cuando nuestro director del periódico mural quitó un poco más de tierra y vimos la tapa de un baúl que brillaba con la luz fuerte del sol.

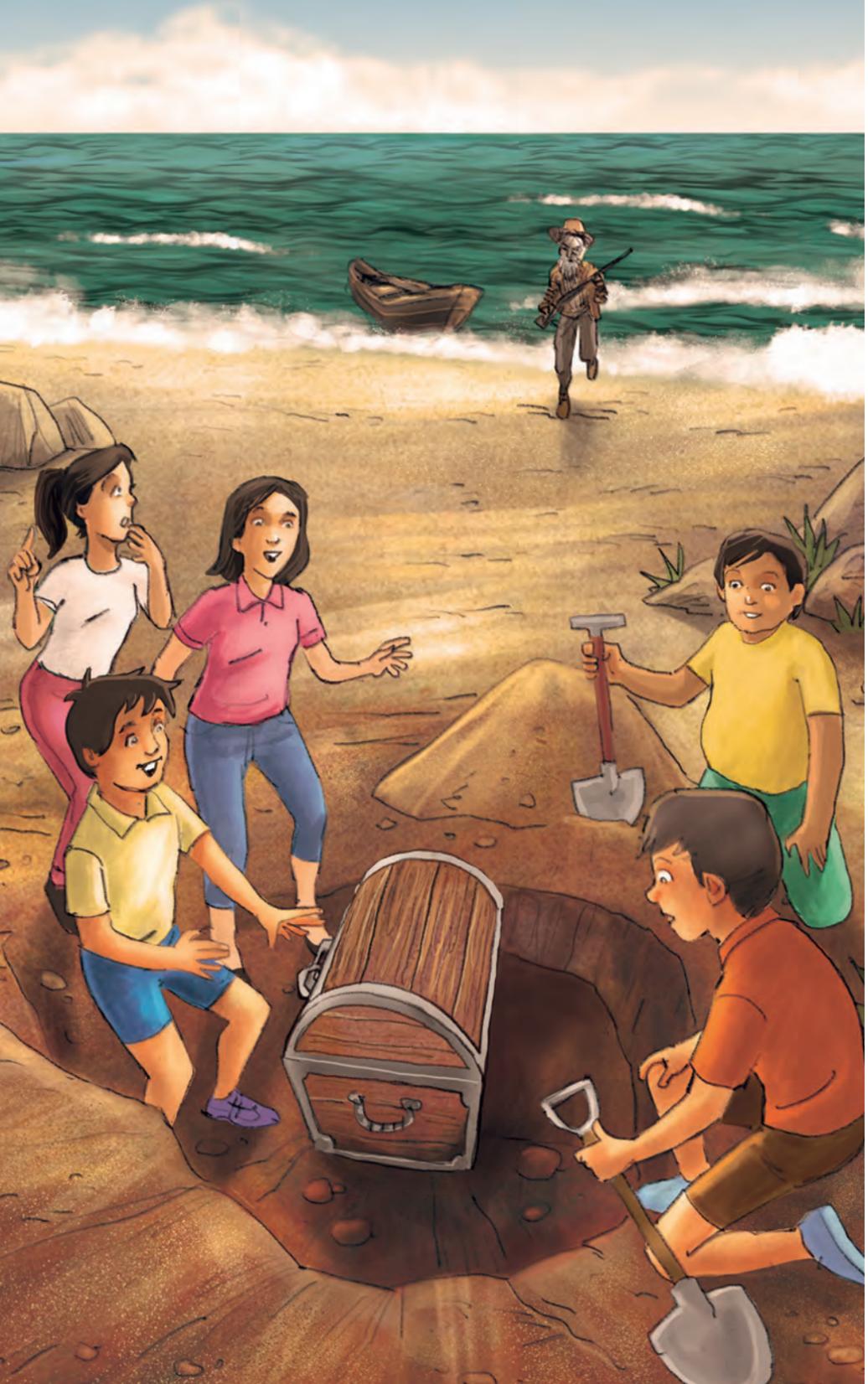
—¡Hurra! —saltamos.

Mas el sonido de un disparo de escopeta que se oyó en ese instante nos dejó helados.

Cuando volvimos la mirada hacia la playa, vimos a un anciano con sombrero que, desembarcando apresuradamente de un bote, venía corriendo hacia nosotros haciendo dos disparos más al aire.

Al llegar junto a nosotros, que nos habíamos quedado lelos, nos preguntó apuntándonos con la escopeta vieja que portaba.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué hacen aquí? —habló fuerte, haciendo salpicar saliva de su boca.



Era flaco, aunque de carnes apretadas a pesar de su edad. Debajo de su viejo y mugriento sombrero de palma se desparramaba una larga y canosa cabellera. Vestía camisa y pantalón de color beige y calzaba llanques delgados.

Como todos se quedaron mudos, yo hablé:

—Estamos desenterrando un tesoro, señor.

—¿Tesoro? ¿Sabes lo que dices, muchacho? —dijo asomándose a ver lo que hacíamos y casi se cae de espaldas cuando vio que refulgía una de las esquinas de metal de un cofre.

—¡Caracho! —exclamó lleno de codicia—. Esto es lo que buscaba desde hace años —y dejando de apuntarnos añadió—: Pero antes, cuéntenme, ¿qué hacen aquí?

Fue ahí que entre todos, ya más serenos, le contamos el motivo de nuestra visita a la isla y el deseo que teníamos de entrevistar al guardián.

—Soy yo —dijo—; ¿pero por qué ese muchacho del bote les aseguró que yo

vivía aquí? Yo paro en la isla de al lado, en la Ferrol, cuidando que no se roben el guano. Aquí, donde ya se recogió hace un tiempo, solo vengo a veces a inspeccionar que no se refugie gente de mal vivir, ladrones, fumones, prófugos de la justicia, como a veces sucede. Pero, bueno —añadió recogiendo la lampa del suelo—, vamos a ver qué hay aquí.

Como un poseído, se puso a trabajar botando tierra y levantando un montón de polvo, y nosotros para no asfixiarnos tuvimos que alejarnos un poco.

Cuando retiró la tierra que cubría la tapa del cofre, cogiendo una piedra de buen tamaño chancó las armellas una y repetidas veces hasta hacerlas saltar.

Mientras lleno de codicia metía las manos para sacar el contenido, se oyó el estampido de un disparo en la playa. Al volvernos, vimos que de una nave bajaban varios marinos portando armas largas, gritando:

—¡Alto! ¡No se muevan!

El Viejo Tijera, que había corrido hacia su carabina, se detuvo a medio camino y al reconocerlos, dijo:

—¡Oh, qué bruto! No me acordé al hacer los disparos que, al oírlos, inmediatamente acudiría, creyéndome en apuros, la patrulla guardacostas de la capitanía del puerto a darme apoyo.

De modo que cuando el grupo de marinos ya llegaba hacia nosotros apuntándonos con sus armas, él se adelantó a calmarlos, diciendo:

—¡Hola, oficiales! ¡Vengan, vengan! ¡Los muchachos y yo hemos encontrado un tesoro!

—¿Tesoro? —fruncieron el entrecejo los marinos acercándose incrédulos—: ¿Cuál? ¿Dónde?

—¡Aquííí! —dijo el viejo y metió sus manos en el cofre abierto y sacó puñados de monedas doradas y plateadas lleno de júbilo gritando—: ¡Yuuupiii!

Siguió metiendo sus manos y ahora sacaba una serie de objetos de oro y plata, collares, brazaletes, pulseras, que en su euforia como de loco se los iba poniendo sobre el sombrero, el cuello, los hombros...

Estupefactos, los marinos miraban. Hasta que, reaccionando, uno de ellos

sacó una cámara fotográfica y se puso a tomarle fotos, diciendo:

—¡Ya verán! Mañana saldrá en todos los periódicos de Chimbote y la capital.

Enterado de nuestra situación de abandonados en la isla, el comandante ordenó llevarnos de vuelta al puerto en la patrullera guardacostas que comandaba. Nosotros íbamos felices de regreso a nuestra casa. El viejo guardián viajaba también hacia la capitanía a dar cuenta del hallazgo del tesoro.



—Ese tesoro pertenece solo al Estado —dijo el comandante—, y a nadie más; por lo que se hará un inventario del contenido del cofre delante de las autoridades marítimas locales y se comunicará después a la Marina de Guerra del Perú y al Ministerio de Cultura.

Yo y mis compañeros y compañeras quedamos desencantados. No recibiríamos ni una monedita de oro de las tantas que había, e incluso lingotes.

No importa, dije entre mí, ese tesoro debe estar maldito. Por él han ocurrido tantos crímenes. Lo que me alegra es que un alma —la del ahogado— logrará gracias a esto la salvación eterna que dijo.

Mientras avanzábamos al puerto a gran velocidad, divirtiéndonos con el oleaje y las aves que revolaban cerca, vimos que, en sentido contrario, Cebiche recién se dirigía hacia la isla.

—¡Ahí está, señor! —le dije al oficial señalándolo—. Allí está el que nos abandonó en la isla.

—¡Enrumba hacia la chalana y pégate a ella! —ordenó el segundo comandante, al

que iba al timón de la patrullera guardacostas Río Santa.

Rápidamente la embarcación se dirigió hacia la navecilla que remolonamente conducía Cebiche y, pegándose a ella, le ordenaron subir a la patrullera, no sin antes pedirle que lanzara la cuerda de la chalana para remolcarla.

Cuando así lo hizo y estuvo frente al oficial, este, con tono de reproche, le preguntó:

—¿Y tú por qué abandonaste a los chicos en la isla?

Cebiche, todo acobardado, señalando a Boris y Paredes, dijo:

—Ellos me contrataron, capitán. Me dijeron que los recogiera muy tarde para que los padres de familia del colegio acusaran al nuevo profesor de irresponsable por haberlos dejado ir solos a sus hijos a la isla.

Esa declaración me indignó y casi me abalanzo sobre esos dos malos compañeros para darles su merecido.

—¿Es cierto eso? —dijo el capitán dirigiéndose a ellos.

Boris y Paredes bajaron la cabeza avergonzados.

—¿Por qué querían hacer quedar mal al profesor? —volvió a preguntar el comandante.

Y como no respondían, yo le aclaré al jefe:

—Con eso querían seguramente, señor comandante, que la madre directora despida al profesor para que vuelva de nuevo la profesora Honorina, que antes nos enseñaba.

—¿Es así? —les preguntó nuevamente el capitán. Y esta vez asintieron moviendo la cabeza.

En la capitanía del puerto encontramos muy preocupados a nuestros padres acompañados de Hugo, el poeta, quien los había puesto al tanto de nuestro viaje a la isla. Ellos, en su desesperación, habían pedido apoyo a la capitanía del puerto para el rescate; pero como les dijeron que recién había partido una embarcación hacia allí, la Río Santa, y era necesario aguardar su regreso, esperaron.

Allí estaban los padres de Gloria abrazando a su amada hijita. Igualmente la madre y la hermana menor de Norma.

Se hallaban, también, el hermano mayor y la hermana de Guillermo, aquella que bailó con nosotros en su cumpleaños. La

muchacha, muy cariñosa, vino y nos abrazó a todos.

Igualmente, estaba el padre de Boris, un hombre de estatura baja y barba rubia. De Paredes, no había ningún familiar.

De parte mía, se hallaba mi madre, toda llorosa y preocupada:

—¿No te ha pasado nada, hijo? —me dijo abrazándome.

—No, mamá —dije desdeñoso; pues Gloria estaba observando a mi madre. Su futura suegra, claro. Y yo debía demostrar indiferencia ante las pequeñas dificultades.

Después de que el comandante en jefe de la capitanía nos despidió de manera amable, me enteré de que Cebiche quedó detenido para ser interrogado y que el viejo Tijera no saldría tampoco hasta el día siguiente, en que se haría la entrega oficial del tesoro a las autoridades.

EPÍLOGO

En los periódicos de Chimbote y Lima, tal como anunció el marino del guardacostas que tomó las fotos en la isla, salió la noticia del tesoro atribuido al pirata Edward Davis. El viejo Tijera ocupó la portada del vespertino *Última Hora* de la capital, donde se le veía eufórico y cargado de joyas. Así ocurriría seguramente.

Esa noche yo soñé al fantasma de la isla que nimbado por una gran luminosidad se perdía en un cielo preñado de estrellas.

Decidí no volver al colegio desde que me enteré de que la madre directora volvió a contratar a la señorita Honorina y pasó a toda la sección del sexto grado al turno de tarde en canje con un aula que pasó de la tarde a la mañana. Ese cambio de turno me impedía,

además, ayudar a mi madre en la venta de pescado frito en su puesto junto al camal de la calle Olaya.

Para suerte, el profesor Toño consiguió, en esos mismos días, una plaza docente en una escuela del Estado. Justamente aquel día no pudo ir con nosotros al muelle Gildemeister porque la UGEL de Chimbote lo había hecho llamar para darle esa noticia.

Días después, a mi padre, que acababa de volver de un pueblo de los Andes donde fue a vender pescado salpreso, como hacía siempre, le ofrecieron un trabajo en construcción civil en Lima. Y, como todos estuvimos de acuerdo en viajar con él y establecernos en esa ciudad, al cabo de una semana partimos con mi madre y mis hermanitos.

Yo tenía ganas hacía tiempo de conocer la capital. Sin embargo, a pesar de mi gran entusiasmo, cuando ya nos alejábamos del puerto, sentí una gran nostalgia por Gloria. Pero me consolé pensando en que acaso un día, cuando ya fuese joven y tuviera plata, volvería a mi ciudad natal y me casaría con ella... ¿Por qué no?





